

Invocación religiosa – 25 de mayo de 2025

Santo Pipó Misiones

Dios de la historia, Padre de la libertad y defensor de los pueblos, hoy te damos gracias porque hace 215 años comenzó algo nuevo y valiente en nuestra tierra. Aquel 25 de Mayo de 1810 no fue un trámite ni una simple fecha escolar. Fue el primer día de un pueblo que se puso de pie. La Plaza de Mayo se llenó de voces. Ya no mandaba el Rey. Se acababa el tiempo del absolutismo. Nació, por fin, un gobierno que no venía de Europa ni del linaje, sino del clamor de los criollos, de la conciencia del pueblo, de la necesidad de libertad.

Ese día no hubo armas, pero sí coraje. No hubo independencia todavía, pero sí decisión. Se alzó un grito que partió la historia: el pueblo quiere saber de qué se trata, dijeron. Y se trataba de eso mismo: de dejar de ser mandados sin ser escuchados, de dejar de obedecer al poder por miedo, y empezar a construir una patria con justicia, participación y dignidad.

Ese grito, Señor, fue el comienzo de nuestra liberación. Pero no fue el final. Ese proceso aún sigue. Y aquí, todavía estamos lejos de completarlo.

Vivimos en un Estado que se llama libre, pero donde el poder real no se elige: se perpetúa. Donde los cargos cambian, pero las decisiones no. Donde la voluntad que gobierna no ocupa ningún despacho visible, pero todo lo decide desde las sombras. Un poder desmedido en control. Que no da la cara, pero impone su peso en cada rincón.

Nos dicen que vivimos en una “provincia start-up”, moderna, digital, emprendedora... pero mientras inauguran polos tecnológicos, hay niños que comen una vez al día. Mientras florecen edificios de cristal, hay escuelas rancho. Mientras se multiplican las pantallas, faltan zapatillas. Mientras se imprimen slogans, escasea el pan. Y mientras se presume progreso, se sufre en silencio.

Y nos preguntamos, Señor, con el corazón en la mano: ¿Quién ama de verdad esta tierra? Porque si en serio les doliera, no habría policías silenciados por opinar, ni docentes agobiados por salarios indignos, ni médicos que trabajan extenuados por migajas. No habría presos sin juicio, ni ciudadanos con miedo a hablar en voz alta.

Esta tierra que tanto vale está cubierta de discursos, pero vacía de verdad. Se la maquilla con eslóganes, pero no se la cuida con justicia. Se la gobierna no desde la razón ni la altura moral, sino desde una lógica de poder que se esconde, manipula y castiga. Señor, así como en 1810 comenzó el camino hacia la libertad, hoy te pedimos que ese fuego vuelva a arder. Necesitamos un nuevo grito. Un grito limpio,


profundo, valiente. Un grito que no nace del odio, sino del deseo de sanar. Un grito que diga con claridad: basta de feudos con fachada democrática. Basta de sombras que mandan sin dar la cara. Basta de someter a un pueblo tan grande desde estructuras tan pequeñas. ¡Queremos volver a empezar!

Queremos gobiernos que escuchen, no que impongan. Liderazgos que acompañen, no que manipulen. Representantes que sirvan, no que se sirvan. Porque la patria sigue doliendo, y porque creemos que el espíritu de Mayo no murió: solo espera que lo despertemos. Nos importa esta tierra, Señor. Nos duele cada niño sin comida, cada joven que se va, cada policía silenciado, cada madre agotada, cada abuelo que muere esperando justicia. Por eso, ¡despiértanos! Danos el coraje de los de Mayo. La fe de los que no se resignan. El fuego de los que creen que la historia puede cambiar. Y que en esta tierra bendita nunca más gobierne la sombra de un solo hombre. Que nadie vuelva a manejar el destino de un pueblo gigante.

Que el proceso de liberación que comenzó en 1810 siga hoy, aquí, con nosotros. Y que esta vez, no lo detenga nadie. Y ahora, Señor, con fe profunda y esperanza firme, te rezamos unidos:

Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos. Nos sentimos heridos y agobiados. Precisamos tu alivio y fortaleza. Queremos ser nación, una nación cuya identidad sea la pasión por la verdad y el compromiso por el bien común. Danos la valentía de la libertad de los hijos de Dios para amar a todos sin excluir a nadie, privilegiando a los pobres y perdonando a los que nos ofenden, aborreciendo el odio y construyendo la paz. Concédenos la sabiduría del diálogo y la alegría de la esperanza que no defrauda. Tú nos convocas. Aquí estamos, Señor, cercanos a María, que desde Luján nos dice: ¡Argentina! ¡Canta y camina! Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos. Amén.




Pbro. Dr. MARCOS JOSÉ SZYSZOWSKI
PARRÓCO